

Museos y cuentos: de Concha Casado a Antonio Pereira

ENRIQUE CIMAS

A su rostro agradable y sereno añade Concha Casado una sonrisa conformada de sincera espontaneidad. Va por la vida como contenta -seguro que trasluciendo su estado de ánimo- y siempre dispuesta a hablar de León, a proyectar ideas para León y a explicar cómo fue su última buena idea en beneficio de León. Todo ello tratando, al mismo tiempo, de averiguar si el interlocutor puede hacer algo... por León. Es contagiosa su leonesía benefactora; sin más apellidos y calificaciones. La más reciente charla que con ella sostuve resultó informativa e ilustrativa: «Verás, Enrique»... Y luego, en un plis plas, me puso al corriente de su plan de actividades. Pero hagamos un poco de historia.

Concha Casado Lobato, además de notables restauraciones, (caso del monasterio cisterciense de Gradefes) ha sido la promotora del Alfar Museo, de Jiménez de Jamuz; del de Carracedo y del Batán Museo de Val de San Lorenzo. Y por si todo esto fuera poco, en estos instantes le está preocupando la tarea de dar forma al Museo de la Arriería, en Santiagomillas que será inaugurado mañana día 28. De todos modos, lo ultimísimo en esta inquieta mujer es la finalización de los detalles relativos a la puesta en marcha del Museo de La Cabrera.

Me permito aconsejarles, queridos lectores, que vayan -desde luego cuando quieran- si es posible, este mismo verano. Ya. La Cabrera (que ha dejado, amigo Ramón Carnicer, de ser «Hurdes» en gran parte) es una comarca leonesa llena de insospechados atractivos turísticos, paisajísticos y hasta arqueológicos. Y como dice un cierto versillo (sobre Soria) «grande, sencilla y humilde / sin quitar ni poner una tilde». La Cabrera es como es. Con sus bosques, sus lagos y su intimidad autóctona. Es como es, sí. Lo cual no quiere decir que no deba tender a ser, social y económicamente, mejor de lo que ahora es; aunque no sea, ni mucho menos, tan deprimida como fue... Y es también, y muy lamentablemente, la bella desconocida.

Vayan ustedes, vayan, a ver el Museo de La Cabrera; obra, como se ha dicho, asesorada por Concha Casado y realizada con las aportaciones del Ayuntamiento de Encinedo, cuyo alcalde, Ramiro Arredondas, ha contado para la ejecución del proyecto con la Diputación de León, el Instituto Leonés de Cultura y otras

colaboraciones, entre las cuales creo que figura la de la Junta de Castilla y León. «El cultivo del centeno y del lino, los huertos y frutales, el aprovechamiento del monte la Bouza y el arbolado se contemplan en este espacio» (el espacio del novísimo museo). Allí pueden escucharse el sonido «del carro chillón», el de las esquilas y las canciones de los majadores. Y también el canto de los pájaros. Además del *zureo* de las palomas, el rumor del agua y los sones de la gaita cabreiresa... ¿Hay quien dé más? Pues sí. Se da a chorros, a manos llenas de afecto, la acogida de los moradores de aquellas tierras, orgullos seguramente de sus referencias seculares y de sus peculiaridades de «otros leoneses». Como es cierto que se dan otras circunstancias en su red viaria de comunicación; con mejores caminos y carreteras que hace unos años. Con ello se ofrece la posibilidad de visitar, viniendo de Encinedo, el paisaje de Forna, en cuya localidad se ha inaugurado hace un par de semanas, el Centro de Turismo Rural; interesante foco de iniciativas para el desarrollo de aquella subcomarca. Y en cuanto a «lo positivo», como dicen en mi pueblo, se pueden reparar fuerzas en 'El abuelo', o en 'Sabugo', Quintanilla de Losada o, en fin, en cualquiera de los muchos y buenos restauradores de La Baña. Nada más y nada menos que todo eso. Pero no dejen de ir. Me lo van a agradecer mucho.

Y de las buenas cosas de Concha Casado y de La Cabrera, a las no menos gratas novedades, esta vez literarias, de Antonio Pereira.

Pereira y el contar de sus cuentos

Tengo sobre la mesilla de noche -como debe de ser con los cuentos que se precien- el último libro de Antonio Pereira (otro lujo de León; Antonio, no su libro, aunque éste lo sea también un poco, por ser de él). El hecho de que el volumen esté sobre la mesilla no implica que lo utilice para dormirme, sino que ahí lo pongo para que me divierta antes de dormir, que no es lo mismo. El narrar -el contar, sería más exacto- de Pereira, está lleno de sugerencias y de encantos literarios, a lo largo de todo el relato de «Me gusta contar». Se trata de una pulquérrima galería de cuentos, de ahora y de siempre; de una muy selectiva colección de relatos que cobran vida en la palabra escrita de su autor. No resisto la tentación de transcribir uno de ellos. Extensión, ocho líneas. («Una novela brasileña» es su título): «O capitão do Exército, Agenor Araújo de Madeiros, 39 anos, foi assassinado no final da noite ao tentar reagir a um assalto na Rua Bertolini, próxima a Praia Branca, em Guanabara. O militar estava no seu carro em companhia de Palmira Fernandes Oliveira quando dous criminosos surgiram de arma em punho. Agenor morreu antes de ser socorrido no Hospital 'Bom Jesus da Estrela'. Era casado com Femanda Valéria Martins Costa com quem tinha urna filha de sete anos. A ocorrência ficou registrada».

El libro está estructurado en un Prólogo y cuatro capítulos o agrupamientos: I)

Mundo ni ancho ni ajeno, II) Historias del Noroeste, III) Cuentos de Madrid y, IV) Antes que el tiempo muera en nuestros brazos. Pero mi propósito no es el de hacer aquí un estudio analítico en profundidad. Esa misión corresponde a los críticos bibliográficos. Me limito a constatar que en los escaparates de las librerías figura, desde hace poco tiempo, una muy atractiva antología de cuentos de Pereira. Un acopio de escritos de fina ironía y original sentido epigramático que les ha de llenar de sonrisas las horas de su tiempo y de relajación las tensiones de sus días. Obra literaria idónea, como la que más, para las lecturas del ya cercano estío.